

Autora best seller de The New York Times

SUSAN WIGGS



La
Librería
de los
Recuerdos
Perdidos

Su historia está
esperando a ser contada...

Su historia está esperando a ser contada.

Tras una inesperada tragedia, Natalie Harper hereda una librería con mucho encanto, y muchos problemas económicos, en San Francisco. También se convierte en la cuidadora de su abuelo Andrew, que creció en el histórico edificio de Perdita Street donde se ubica la librería. Su abuelo ha empezado a sufrir pérdidas de memoria y Natalie planea cerrar la librería y vender el edificio para pagar sus cuidados. Solo hay un problema: su abuelo es el dueño y se niega a vender.

Natalie se hace cargo de la tienda con reticencias, pero descubre que los libros le proporcionan consuelo para su dolor. Contrata a un exmarine de Georgia, Peach Gallagher, para reparar el viejo edificio. Dorothy, la hija de Peach, es un rayo de luz durante los largos días de Natalie, e incluso logra ponerla en contacto con Trevor Dashwood, un atractivo novelista que se interesa por la pequeña librería.

Para su sorpresa, su duelo se convierte en un inesperado viaje de descubrimientos y revelaciones, desde desenterrar objetos antiguos escondidos en las paredes de la librería hasta descubrir la verdad sobre su familia, su futuro y su corazón.

Índice de contenido

Cubierta

La librería de los recuerdos perdidos

Dedicatoria

Prólogo

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Segunda parte

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Tercera parte

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Cuarta parte

Capítulo 20

Capítulo 21

Quinta parte

Capítulo 22

Sexta parte

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

A los librereros, vendedores de sueños

Prólogo

La mansión Flood
San Francisco

De pie frente a la multitud en el funeral de su madre, Natalie Harper contempló el atril. En la superficie inclinada había una carpeta titulada «Recursos para el dolor», junto con sus notas. La guía era un compendio de consejos, pero había una cosa que no explicaba: ¿Cómo iba a seguir con su vida después de aquello?

Llevaba varios días con las páginas a cuestas, con la esperanza de hallar una explicación a lo inexplicable, o una manera de expresar lo inexpresable. Pero ninguna de las notas y recursos del mundo podían lograr entender la narrativa inacabada de la vida de su madre, que parecía difuminarse en el dolor de la pérdida. Las palabras se convirtieron en un borrón húmedo ante sus ojos.

Trató de recordar lo que quería decir, como si pudiera resumir la vida de Blythe Harper en un discurso de tres minutos. ¿Qué se decía en la despedida final a tu madre? Que había estado a tu lado cada minuto de tu vida desde que naciste hasta hacía una semana, cuando se había ido para siempre. Que era hermosa e inspiradora. Brillante, pero con frecuencia loca. Excéntrica y enervante. Complicada y querida. Que lo era todo: madre, hija, amiga, librera, vendedora de sueños.

Y que, en el momento en el que ella más la había necesitado, Blythe Harper había caído del cielo.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Archangel, Condado de Sonoma, California
Una semana antes

Aquel era un momento importante para Natalie. El más importante de su carrera hasta el momento, sin duda. Toda la empresa se había reunido en la sala de recepciones de la bodega Pinnacle Fine Wines para celebrar su ascenso y el contrato de un millón de dólares que había logrado para la empresa. Pero su madre no había aparecido.

Como siempre.

Para ser sincera, el trayecto desde la ciudad hasta Archangel podía ser impredecible por la tarde. Era igualmente posible que Blythe Harper se hubiera olvidado por completo de que había prometido asistir para celebrar el logro de su hija.

Natalie esbozó una sonrisa forzada y se pasó las manos por la chaqueta, una prenda conservadora hecha a medida que vestía sobre una blusa de seda blanca con lazada al cuello que se había comprado para la ocasión. Entre tanto, localizó al dueño de la empresa, Rupert Carnaby, mientras avanzaba hacia el atril situado sobre la tarima, deteniéndose a saludar a compañeros por el camino. Después miró hacia la puerta con la esperanza de que su madre entrase corriendo en el último momento.

Aunque sabía que no sucedería.

Se recordó a sí misma que era una mujer adulta, no una niña que necesitaba que su madre asistiera a una función escolar. Aunque Blythe tampoco había hecho eso.

Aunque no llevaba la cuenta de manera consciente, Natalie sabía que su madre se había perdido muchas cosas en su vida, desde su ceremonia de ingreso de niña exploradora, hasta las olimpiadas de matemáticas de California, pasando por su graduación en la universidad. Siempre había una razón: no podía dejar la tienda, estaba esperando a un representante de ventas, no encontraba un coche que pudieran prestarle, tenía un acto con un autor muy importante... Todas ellas buenas razones, y Natalie se habría sentido mezquina por reprochárselo.

«Da igual», pensó Natalie, cambiando el peso de un pie al otro con sus zapatos de tacón de media altura, muy estilosos, pero bastante incómodos. «No pasa nada». Su madre tendría una excusa y a ella le parecería bien. Así había sido siempre. Y, para ser sincera, su madre —que la había criado sola— rara vez tenía un momento libre lejos de la librería. La había gestionado ella sola casi sin ayuda durante los últimos treinta y tres años, ya que con frecuencia le faltaban recursos para contratar ayuda.

Mandy McDowell, la compañera de Natalie en Logística, pasó por delante con una copa de vino en la mano mientras entretenía a una compañera con otra anécdota sobre sus preciosos aunque mal educados hijos.

Natalie se dio cuenta demasiado tarde de que Mandy no veía por dónde iba. Trató de apartarse, pero no lo logró a tiempo y la copa de vino de Mandy acabó encima de ella.

—Oh, Dios mío, Natalie —exclamó Mandy con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. ¡No te había visto! ¡Maldita sea, lo siento mucho!

Natalie se despegó la blusa de seda blanca del cuerpo.

—Genial —murmuró mientras agarraba una servilleta y se secaba la mancha de vino tinto.

—Agua con gas al rescate. —Cheryl, la amiga de Mandy, se acercó corriendo con una servilleta y una botella—. Deja que te ayude.

Mientras Natalie mantenía la blusa apartada del sujetador, también manchado, Mandy y Cheryl empezaron a frotar la enorme mancha.

—Soy una patosa —comentó Mandy—. ¿Podrás perdonarme? Dios, no deberías. Y precisamente hoy, cuando estás a punto de subir a la tarima...

—Ha sido un accidente —respondió Natalie, tratando de restarle importancia, de minimizar la situación.

—Prométeme que me enviarás la factura de la tintorería —le dijo Mandy—. Y, si la mancha no sale, te compro una nueva.

—Me parece justo —murmuró Natalie. Sabía que su compañera no cumpliría su promesa. Mandy, madre soltera, estaba siempre sin blanca. Parecía que siempre le costaba llegar a fin de mes. A juzgar por sus extensiones de pestañas y su manicura, no le importaba despilfarrar en eso. Y siempre andaba mal de efectivo.

«No juzgues», se recordó Natalie a sí misma. «La gente tiene sus razones».

Mandy la miró con una compasión ingenua.

—Ay, oye, pensaba que tu madre iba a venir hoy de la ciudad.

Natalie apretó los dientes y luego se obligó a relajar la mandíbula.

—Sí, no sé qué habrá pasado. Quizá haya sido el tráfico. O a lo mejor ha surgido algo en la librería. Siempre le ha costado alejarse de allí.

—¿Seguro que le dijiste que esta fiesta es en tu honor?

—Lo sabe —murmuró Natalie. Mandy era muy directa, pero sus preguntas no ayudaban.

—¿Y qué pasa con Rick? ¿Tu novio no querría estar aquí en tu gran día?

—Tenía un vuelo de prueba y no podía escaparse —respondió Natalie.

—Ay, qué pena. Imagino que estará ascendiendo en Aviation Innovations. Cuando salíamos juntos, nunca tenía ningún conflicto si yo tenía un gran acontecimiento en el calendario. —Mandy y Rick habían salido juntos antes de que Natalie se mudara a Archangel. Seguían siendo amigos, hecho que a Mandy le gustaba recalcar con demasiada frecuencia. Sacó entonces su teléfono—. Mira, le voy a mandar un mensaje con una foto para que vea lo que se está perdiendo.

Sin darle tiempo a objetar nada, Mandy le sacó una foto en la que aparecía con la boca abierta y la envió antes de que pudiera impedirselo.

«Gracias», pensó. «No es un gran día. Es un trabajo, nada más». Miró a sus compañeros, que devoraban canapés y rellenaban sus copas de vino en la barra. «No es una de las mejores experiencias de la vida».

Justo entonces, el tintineo de una copa dirigió la atención de todos hacia el escenario.

—Buenas tardes a todos —dijo Rupert, inclinándose hacia el micrófono mientras observaba a la multitud con aquella sonrisa infantil tan característica—. Más que buenas, magníficas. Y más que tardes, *happy hour*.

Un murmullo de risas se extendió entre los asistentes.

—Quería tomarme unos minutos para celebrar el día de hoy. Natalie Harper no necesita presentación porque todos la conocéis, pero me gustaría decir unas palabras. ¡Natalie! —Rupert le hizo un gesto con la mano—. Súbete aquí conmigo.

Natalie sintió el rubor en la cara mientras se abotonaba la chaqueta, sabiendo que la mancha de vino seguiría viéndose por encima de las solapas. Tenía el pecho mojado y pegajoso, apestando a vino de uva zinfandel.

—Una breve anécdota, si me lo permites —empezó a decir Rupert. Una de las cosas que más le gustaban era di-

vagar sobre la tradición familiar del negocio de la distribución de vino—. Cuando mi abuela Clothilde me puso al mando de Pinnacle, me dijo: «Tienes una misión». —Intentó imitar el acento francés de su abuela—. «Darle vino al mundo y que sea excelente». Y la única manera de lograr eso es trabajar solo con compañeros excelentes. —Se echó a un lado y le hizo un gesto a Natalie para que se acercara—. Amigos, Natalie Harper representa ese mandato. Así que hoy os presento a nuestra nueva vicepresidenta de inventario digital.

Una sutil oleada de aplausos la acompañó hasta el escenario. Rupert estaba radiante, con sus dientes blanquísimos y deslumbrantes. En un rincón mezquino de su mente, Natalie creía que Rupert sabía que ella le había mantenido a flote mientras él se codeaba con los proveedores y clientes y jugaba al golf en horas de trabajo. Probablemente ese fuera el verdadero motivo de aquel ascenso.

—Gracias —dijo con timidez, poco acostumbrada a hallarse en el candelero. Pronunciado en voz alta, el nuevo puesto sonaba absurdo, o quizás incluso algo inventado. Imaginaba que esa era la naturaleza de su campo de trabajo. Había escogido aquel trabajo por la estabilidad y por las perspectivas de comercialización. Siempre había un lugar para alguien capaz de gestionar la información y la logística, porque eran cosas que no interesaban al noventa y nueve por ciento de la gente y que a nadie le gustaba hacer.

Gestionar el inventario no era ser diplomática, ni submarinista, ni enóloga, ni librera; trabajos que la gente podría disfrutar.

—Agradezco esta oportunidad —continuó—, y estoy deseando ver lo que podemos lograr.

A decir verdad, ella tampoco soportaba el trabajo, pero esa no era la cuestión. La cuestión era tener una carrera estable que nunca le fallara.

—Otra anécdota —comentó Rupert guiñándole un ojo mientras se hacía con el micrófono—. Hace tiempo, esta jo-

ven acudió a mí en busca de un puesto aquí en la empresa, y yo, en mi infinita sabiduría, la contraté de inmediato. —Hizo una pausa—. Y miradla ahora; tiene esos ojitos de cachorrito y el instinto de una barracuda, y probablemente más inteligencia que todos nosotros juntos. Lo que ha hecho con nuestro sistema de inventario es casi un milagro. Gracias a que Natalie se hizo cargo de eso, hemos disfrutado de nuestro mejor año aquí en Pinnacle. —Se rio—. Sí, vale, ya veo que os estoy aburriendo, así que concluiré con un último anuncio. La única hija del gobernador Clements se va a casar con el dueño de Cast Iron. —Cast Iron, una cadena de restaurantes de lujo muy popular, había sido fundada por una estrella de internet también muy popular. Su creativo maridaje de la comida y el vino estaban conquistando el mundo *foodie*—. Como podéis imaginar, será la boda del año en nuestro estado. —Otra pausa—. ¿Qué tiene eso que ver con nosotros, os preguntaréis? Pues bien, dejaré que lo explique Natalie.

Natalie captó una ráfaga de su propio olor al aceptar el micrófono. Vino derramado y sudor provocado por los nervios. Delicioso.

—Trataré de resumir. Pinnacle Wines ha llegado a un acuerdo exclusivo para suministrar el vino en la boda de Betsy Clements. Y, después de eso, seremos el proveedor exclusivo para Cast Iron.

Sus palabras no transmitían ni de lejos las tensas y complicadas negociaciones a las que había tenido que enfrentarse. Había llevado a su equipo al límite, elaborando la combinación perfecta de productos y descuentos. El acuerdo multimillonario estaba ya casi terminado.

Tenían que cumplir un último requisito más; conseguir un exclusivo vino blanco alsaciano que había solicitado el novio. Cuando eso estuviera confirmado, se cerrarían los detalles.

—Me gustaría dar las gracias a mi equipo —Mandy, Cheryl, Dave y Lana— por ayudar con el proyecto.

Reconocía que eso era una mentira piadosa. El equipo había sido una carga en todo momento, requiriendo supervisión constante por su parte.

—Así que brindemos todos por eso —dijo Rupert con todo su encanto mientras volvía a arrebatarse el micrófono. Él también había sido un incordio durante todo el proceso. Aunque sus intenciones eran buenas, le faltaban la perspicacia empresarial y financiera necesarias para alcanzar un acuerdo complicado. Sin embargo, estuvo encantado de llevarse el mérito y se mostró dispuesto a recompensarla con un nuevo puesto.

Se alzaron las copas. Natalie miró a su alrededor y se fijó en toda la gente que hablaba y reía, disfrutando de las vistas desde las oficinas superiores del edificio.

Con el ascenso conseguiría también un nuevo despacho bien alejado de la zona de cubículos donde se hallaba el departamento de inventario. Ahora tendría un rincón para ella sola. Había estado ansiosa por mostrárselo a su madre; un ventanal del suelo al techo con una vista infinita del paisaje de Sonoma, un refugio contra la cháchara incesante e improductiva de sus compañeros de trabajo.

Rupert siguió cotorreando sobre el inminente casamiento, que, con un entusiasmo hiperbólico, ya se comparaba con una boda real. Natalie se bajó del escenario y sacó su teléfono. Su afirmación diaria se iluminó en la pantalla: *Confío en que voy por el buen camino.*

Deslizó el dedo para borrarlo y pulsó el botón de llamada, pero, como se imaginaba, en el teléfono de su madre saltó el buzón de voz: *Has llamado a Blythe Harper, de la Librería de los Objetos Perdidos, en el corazón del distrito histórico de San Francisco. Deja tu mensaje. Mejor aún, ¡ven a verme a la librería!*

Natalie no dejó ningún mensaje. Su madre no solía revisar su buzón de voz. Le envió un mensaje de texto: *No te has perdido gran cosa, me han tirado vino tinto en la blusa y no sabía qué hacer con el micrófono.*